

RESIDENCIA EN LA TIERRA
O ESPEJO MÁGICO:
EL LUGAR DE LA LITERATURA EN EL MUNDO
DE LOS LIBROS

Germán Gullón
Universiteit van Amsterdam

El universo del libro literario

Voy a esbozar a continuación un panorama de la situación de la literatura en nuestro presente lleno de luces y de sombras. Desempeñarán el papel de malos en este repaso los sospechosos habituales, los autores, los críticos, los profesores universitarios y los editores, mientras que los usuarios de ese nuevo espacio común de creación, conocido como Wikipedia o You Tube, harán el papel de buenos, de libertadores.¹ La moraleja o la verdad de la historia rehuye, como siempre, ser capturada en una frase, en un artículo, e incluso en un libro. De hecho, la verdad de los humanistas reside, pienso yo, en la honestidad crítica con que efectuemos el debate entre quienes adoptan posturas encontradas.

Las ideas aquí expresadas y la información que las apoya me las ha sugerido el ámbito cultural español, aunque pienso que son aplicables en gran medida al norteamericano. España y EE.UU tienen en común algo que los asemeja: la abismal incapacidad de lectura crítica exhibida por los alumnos de nuestras escuelas secundarias,² perpetuada luego en la educación superior por la flojera de numerosos docentes universitarios, preocupados más por captar la buena voluntad de quienes rellenan las evoluciones de sus cursos que en la enseñanza de los alumnos. Todo ello suscita preguntas de difícil respuesta. Por

ejemplo, si sólo un escasísimo número de nuestros jóvenes de quince años de edad puede leer un texto y sopesar críticamente su contenido, cabe formular la siguiente cuestión: ¿debemos dirigir nuestra enseñanza e investigación a una elite, el 10% de la población que sí puede leer críticamente, es decir, dedicarnos a educar a un grupo selecto de estudiantes? O si, por el contrario, debemos aprovechar la moda de las lecturas de entretenimiento, de la novela histórica y de la novela de crimen o novela negra, para reconvertir nuestros estudios de literatura y hacerlos más accesibles. Si a los estudiantes poco motivados les aburre la lectura de *La colmena*, de Camilo José Cela, quizás debamos enseñarles en su lugar *La catedral del mar*, de Ildefonso Falcones, una novela de intriga localizada en Barcelona. Esta segunda opción, la adoptada con frecuencia por las instituciones de enseñanza superior, entrega la universidad a las exigencias del mercado y al capricho del reclamo publicitario.

El dilema planteado en la actualidad difiere del enfrentamiento habido, entre los antiguos y los modernos en los años sesenta y setenta, cuando los partidarios del estudio historicista de la literatura se enfrentaban con los formalistas, quienes preferían centrar sus esfuerzos críticos en un ceñido análisis textual. Difiere también de las luchas teóricas de los años ochenta del pasado siglo. Entonces se destapó la absurda rivalidad de la literatura española con la hispanoamericana. La globalización del siglo XXI ha destapado un nuevo problema: la inseguridad que produce tanto fenómeno extraño lleva a que nos agarremos a lo conocido. Por ello, parece que todo gira en torno a la problemática de la identidad, la inmigración, o la identidad nacional, precisamente lo que nos separa, que en última instancia lleva a la exclusión del otro.

En España, en el País Vasco y Cataluña, los agentes culturales tienen años de trabajo por delante para limpiar los destrozos ocasionados por la política, que en su empeño por encontrar rasgos de identidad propios, borran de su mirada a buena parte de sus conciudadanos, desde luego a los inmigrantes nacidos fuera del territorio en cuestión. La globalización ha hecho que nos olvidáramos de la una necesidad humana fundamental: la de centrar el trabajo en descubrir lo que nos une. Por fortuna, para quienes nos dedicamos a estudiar la literatura, la creciente mercantilización de la misma ha encontrado una respuesta inmediata gracias al nacimiento de un espacio común de creación en el Internet, que se manifiesta en Wikipedia y en You Tube y en la blogosfera. Los grandes conglomerados multimedia se dedicaron en los últimos años a comprar contenidos, derechos de autor, por los que íbamos a pagar los libros de otra manera, con la tarjeta de crédito en Internet por leer o ver un determinado libro o película, pero los espacios comunes han vuelto las tornas. De hecho, casi es imposible pensar un futuro en el que la investigación, los textos y las imágenes básicas, a excepción de las más recientes, no las podamos encontrar gratis en Internet. Tardará algo en llegar ese momento, pero apenas sobrepasará nuestra década. No tiene sentido que un investigador viaje a través de un océano para consultar unos libros, artículos, publicaciones, que pueden ser leídas en la pantalla del ordenador.

Debemos dar la vuelta a la cuestión y ponernos a estudiar todo lo que une a cuantos consideramos que la literatura es un bien común. No un bien que debe ser adscrito a grupos concretos. Los estudios de humanidades, los

literarios en concreto, son considerados inferiores en valor a los científicos por la mayor parte de los agentes sociales, y, particularmente, por quienes desarrollan alguna actividad científica y los que se dedican a los negocios. Los humanistas solemos aparecer como gentes amables vestidas de pana, que cuando hablamos de nuestra boca salen palabras parecidas a las pompas de jabón, exentas de peso específico. Quienes llevamos décadas luchando por defender los estudios y la investigación en las humanidades, diciendo a quien nos quiera escuchar que los estudios de literatura suponen una importante contribución al conocimiento de nuestras sociedades, estamos llegando a un punto en el que no nos queda más remedio que defendernos haciendo una reflexión profunda de nuestra labor. Tenemos que mirar nuestro trabajo al contraluz.

La culpa de semejante infravaloración de los esfuerzos intelectuales del humanista puede ser en gran parte nuestra. Muchos colegas gustan de colocar pegatinas a sus trabajos donde aparecen palabras como arte o artístico. Semejante nomenclatura ha venido a convertirse en una mención vacía e incluso contraproducente para nuestros intereses. Hace unos días leía en la revista *Leer* cómo a uno de nuestros mejores críticos literarios del siglo XX se le denominaba con afecto “artista de la crítica.” Este hombre de quien aprendí mucho, porque era mi padre, Ricardo Gullón, creo que hubiera tomado muy a mal que las miles y miles de horas que se pasó leyendo obras literarias y estudiando libros de crítica y de teoría, y luego redactando sus estudios y ensayos, se los rubricara con la palabra arte. Su trabajo era puro codo y un empeño serio de investigación, y sus obras no estaban escritas siguiendo una inspiración artística sino guiados por las mejores ideas críticas que era capaz de convocar en sus textos.

Pienso, pues, que la palabra arte, o mejor dicho, determinados usos de la misma han dañado históricamente los estudios literarios, pues aunque estén realizados con rigurosidad suelen acabar siendo considerados artísticos, es decir, poco rigurosos, dependientes de la sensibilidad de un individuo. La sensibilidad, el temperamento, la vocación, pueden formar parte del asunto, pero no es ni mucho menos la mejor descripción.

Digamos que cuando estampamos una labor, un empeño intelectual, como obra de arte, resulta que su estudio, para el que no se necesita usar probetas ni cosas por el estilo, pasa en la mente de muchos a ser algo intrascendente. Lo no es así en absoluto. Lo que ocurre es que demasiados agentes del campo cultural pueden permitirse hacer afirmaciones no validadas por los estudios literarios, cosa que no resulta posible en el campo de la ciencia o de los negocios. Bien es verdad que el periodismo no pide investigaciones probadas, pero el cultural sí.

Un derivado de la supuesta liviandad de nuestros estudios se encuentra en el uso o falta de los conocimientos acumulados gracias a la investigación literaria. Pondré para aclarar este punto otro ejemplo. Hace también unas semanas apareció publicado en el suplemento cultural del periódico *ABC* de Madrid un artículo bajo el título de “La mujer perdida,” firmado por el conocido intelectual y director de la prestigiosa *Revista de libros* Álvaro Delgado-Gal. El autor expresó en esas páginas unas opiniones sobre *La Regenta* (1885), la obra maestra de Leopoldo Alas *Clarín*, que alborotaron a los clarinistas de

Norteamérica y de Europa, que le respondieron en una carta (09-04-2008) al autor que llevó copia al director. La razón era bien simple. El ensayista decía cosas tan inaceptables como que “Alianza [editorial] la extrajo [a *La Regenta*] del lazareto,” observación concluida con el siguiente aserto: “Es imposible sobreestimar el impacto que por aquellas fechas tuvo sobre la cultural española Alianza, pilotada por Javier Pradera. No sólo salieron cosas que no habían salido antes, sino que se rescataron clásicos que estaban sepultados bajo portadas repelentes o absurdas. Por ejemplo, Pérez Galdós [...] revivió gracias al sentido común de un diseñador inteligente.” A estas desafortunadas observaciones respondieron los clarinistas, entre los que me cuento, de la siguiente manera: “Por supuesto que la difusión alcanzada por los libros de Alianza editorial favoreció a *La Regenta*, pero no porque los clásicos estuvieran “sepultados bajo portadas repelentes o absurdas.” Galdós no revivió gracias “al sentido común y a un diseñador inteligente.” Tanto él como Clarín, si bien silenciados en un ambiente cultural autoritario [de la posguerra franquista], eran comentados en voz alta por eminentes críticos literarios antes de que saliera la mencionada colección, como fueron Baquero Goyanes, Joaquín Casalduero,” y muchos otros.

Se hacía en el mismo artículo otra afirmación inapropiada: “Corre la leyenda de que un crítico afeó a su autor haber rehabilitado en Vetusta las desdichas de madame Bovary,” a lo que los clarinistas replican diciendo que “si [el articulista] se hubiera molestado podría saber que no era una leyenda, sino un caballero de carne y hueso, apellidado Bonafoux.” A lo que vamos, que si el articulista se hubiera valido de la bibliografía existente sobre la obra de Clarín, no hubiera expresado tan imprudentes afirmaciones.

Esto ocurre porque la bibliografía literaria no es tomada en serio, o mejor dicho, es tomada a la ligera, lo cual da una idea del aprecio en que se le tiene. Y aquí debo invocar una norma, una de las pocas normas aceptadas universalmente (uniculturalismo) por quienes nos dedicamos al estudio de la cultura: la obligación de valerse para la formación de un juicio de las investigaciones hechas con rigor en los diferentes campos del saber. El autor puede enfrentarse al libro, a la obra de arte a pecho descubierto, lo cual resulta lícito, si lo que pretende es verter la opinión en una tertulia de amigos y no en una instancia de responsabilidad, como puede ser el aula académica o una publicación seria. O sea, que debemos ser sumamente vigilantes a la hora de considerar el valor del trabajo académico.

Ha llegado el momento de afirmar el valor del trabajo de investigación del humanista. No podemos seguir siendo idólatras de lo impreso, de la demonizada obra de creación, cuyo valor parece ser considerado como infuso, y desdeñar el del estudioso o del crítico.

Una oferta inabarcable

Esta labor es esencial en nuestro presente porque vivimos casi sepultados por un verdadero tsunami de libros. Sólo en España se publican al año 68.930 títulos (incluidas las reimpressiones), y quedan unos 346.706 títulos vivos en oferta (“Comercio”).³ Una cantidad que resulta absolutamente

inabarcable por los lectores, incluso por los lectores profesionales. De hecho, juntamente con la reivindicación del valor de nuestro trabajo, debemos volver a pensar una manera de asignar valor, de enjuiciar las obras de arte. Hasta hace poco esa labor la desempeñaban las instituciones, universidades, museos, academias, pero hoy en día hemos asistido a una revolución del lector que rechaza la autoridad del gusto impuesto por la elite cultural. Los lectores hoy compran según su gusto, y no el de los editores. A nadie le avergüenza que le vean leyendo un libro como *El código da Vinci*, de Dan Brown o *La sombra del viento* o *El juego del ángel*, de Ruiz Zafón. Son excelentes obras de entretenimiento, y pueden ser un buen compañero incluso para un académico durante un fatigoso viaje en avión.

Otro importante problema es la manera en que se llama la atención del posible lector sobre una determinada publicación y cómo se le ayuda a nadar entre esa marea de libros. O dicho de otra manera, cómo puede el público lector digerir de una manera sensata toda esa producción. Realmente imposible. Una forma de medirlo sería computar la cantidad de libros que se reseñan. Ése estudio está hecho. Existe uno elaborado por las American University Presses, que juntas publican unos 10.000 libros al año. Jeffrey Herf hace el siguiente cálculo, si de *The New York Review of Books*, que se publica 20 veces al año, e incluye unos 25 reseñas por número, resulta que reseña unos 500 volúmenes al año de los 10.000. En fin, que como se ve al considerar estos datos, ni la mejor producción de libros importantes sobre una infinidad de temas como son los ofrecidos por las prensas universitarias norteamericanas resultan presentadas como es debido a la atención del público lector. La enorme oferta no recibe, pues, la atención que se merece.

Vayamos un momento a las cuestiones de qué, quién y cuántos libros leen los españoles. La respuesta la encontramos en otro informe sobre la lectura ("Hábitos"). En España de 38 millones de habitantes mayores de 10 años, unos 23 millones no leen. En cambio, unos 13 millones de personas leen para entretenerse y un millón y medio para cultivarse, mejorar su nivel cultural. De "los 13 millones de lectores de obras de entretenimiento leen por ocio, 11, 5 leen novelas y cuentos y del millón y medio que leen para mejorarse, sólo ese medio lee ensayo" (Pontón 43). Repito de nuevo, sólo hacia medio millón de personas leen ensayos. Pensemos que aquí entran ensayos de todo tipo, de historia, de filosofía, de viajes, y desde luego el lugar que ocupen las lecturas sobre la literatura ha de ser muy escaso.

¿A dónde nos arrastra el tsunami de libros?

Hace relativamente pocos años no había duda de que la literatura ocupaba un puesto de honor en la oferta cultural. Hoy en día, la poesía se ha convertido en una lectura en verdad minoritaria, el teatro atrae a los incondicionales, mientras la novela mantiene un amplio atractivo entre los lectores. Lo único que, como observa el editor Gonzalo Pontón, entre "los libros más leídos [en España] de 2007 no hay ni una sola novela de verdadera calidad literaria. La mayor lectura se concentra en un puñado de títulos, que son los mejor vendidos con diferencia: *La catedral del mar*, *Los pilares de la tierra*,

El código da Vinci, La sombra del viento, Ángeles y demonios, Harry Potter.” Es más, entre “esos 25 libros no hay ningún *livre de savoir*, es decir, de filosofía, ciencia, historia o crítica.”

Creo que la cita es lo suficientemente expresiva, e indica que los libros que interesan son sobre todo las novelas de crimen y las históricas. Lo más increíble es que una editorial como Alfaguara, publique un volumen *titulado El libro del aire y las sombras*, de Michael Grüber, en su prestigiosa colección de novela, y lo califique como el “Thriller más original del momento,” y que en la propaganda figure la siguiente frase: “Quien iba a imaginar que la mafia rusa andaba detrás de Shakespeare.” Nadie más que un editor que ha perdido la brújula que indica por dónde anda el norte de la sensatez. No es que yo esté en contra de que le ofrezcan al público, lo que este pide, *thrillers* y literatura de entretenimiento. Lo increíble es que la novela de entretenimiento venga mezclada en las listas de las colecciones de novelas de calidad. Y el libro va ya por la segunda edición.

Nuevos criterios de valoración

Las listas elaboradas por los profesores o críticos de literatura tenían hasta hace pocos años un cierto peso social. Inspiraban respeto entre el público, pero hoy en día cualquier ciudadano se puede quejar de que a su hijo le están matando el gusto por la lectura asignándole libros de la lista básica e universal de la literatura española. Todavía recuerdo cuando las bibliotecas universitarias compraban los libros sin mayores problemas; en el presente hay que escoger, y casi siempre especializarse en determinados temas y autores, pues comprarlo todo resulta imposible.

Los criterios clásicos eran los estéticos, desafortunadamente cuando nos hallamos al fin de la Edad de la literatura (1800-1989), su vigencia resulta demasiado precaria. Lo maravilloso de esos doscientos años que van del comienzo del 1800, allá por la época en que el romanticismo situó el sentimiento individual, la inspiración, la conciencia personal, como la medida de todas las cosas, cortando sus amarras con la realidad, y declaró a la obra literaria como autónoma, a la década final del siglo XX, cuando cayó el muro de Berlín, apareció el Internet y se inauguró lo que ahora podemos simplemente denominar la época de la imagen. Hacia finales del siglo XX y comienzos del XXI la palabra escrita cedió a la imagen su primacía en la comunicación, tanto real como cultural. Así lo reconocen todas las personas sensatas, y lo lamentan escritores de la talla de Philip Roth.

La literatura y su género reina la novela se ha defendido con gran eficacia del predominio de la imagen sobre la palabra, recurriendo a la obra de entretenimiento, las novelas de crimen e históricas que predominan en el panorama actual. De hecho, el sector editorial está de enhorabuena, porque sus ventas de novela siguen siendo importantes. Aquí es donde encontramos precisamente una de las claves del estado actual de la edición: que su relación con la universidad se ha roto. A los editores comerciales los académicos les importan muy poco, pues los profesores recomendamos lecturas minoritarias, y los editores buscan ventas masivas.

El día diecisiete de abril del 2008 se presentó en Barcelona la nueva novela de Carlos Ruiz Zafón, *El juego del ángel*, con un tirada inicial de un millón de ejemplares. Cuando al día siguiente de la presentación compraba turrón para mis hijos en el *dutyfree shop* del aeropuerto de la Ciudad Condal y llevaba en la mano el libro, el empleado que me cobraba el turrón me dijo “anda, si ya ha salido.” El joven empleado de Aldeasa reconoció no sólo el nombre de Ruiz Zafón sino también que se trataba de su segunda novela. Podemos ante este hecho reaccionar de dos maneras. Una, diciendo que claro, que no se trata de literatura, que Ruiz Zafón es lectura para la masa, e incluso extender los comentarios al populismo y sus malos efectos sobre la sociedad actual; otra reacción más ajustada sería aceptar el hecho como una evidencia más de la pluralidad de la sociedad actual, que obliga, incluso a los que trabajamos en las torres de marfil universitarias, a aceptar que el gusto literario ha sido liberado.

Podemos quizás aplicar las tablas sobre posibles tipos de lectores de Pierre Bourdieu en *La distinción*, y clasificar a los lectores de acuerdo a su nivel de educación. Los que han estudiado mucho podrán disfrutar de Lope de Vega, pasarte el tiempo estudiando la rica bibliografía existente sobre el autor, y participar en discusiones de alto nivel sobre textos que el lector común nunca conseguiría entender. Podemos añadir aquí el nombre de Proust o de James Joyce al de Lope.

Los editores han ido por su camino, el de los intereses comerciales, mientras que la universidad se ha quedado con los criterios estéticos en la mano diciendo, pero que estoy aquí. Y los editores no haciendo ni caso. Únicamente las editoriales pequeñas o muy escogidas, como Biblioteca Nueva y su editor Antonio Roche, han sido capaces de mantenerse fieles a la edición de libros sobre literatura. Ante tan imposible situación resulta difícil darle una respuesta eficaz, que sirva para algo.

Desde luego, una parte de la culpa la tiene la crítica, los universitarios, como he señalado en mi libro, *Una Venus mutilada: La crítica literaria en la España actual*. La crítica hace tiempo que se encerró en su torre de marfil y se dedicó a la idolatría de textos que carecían de toda conexión social. Los universitarios hemos preferido siempre los textos difíciles (Bourdieu), los que exigían un nivel de lectura y de trato con la literatura muy sofisticado, pero que cerraban el acceso a la obra de arte escrito a una buena parte del lectorado. El miedo del lector al libro difícil resulta, en mi opinión, justificado. Lo curioso es que la mayoría de los grandes libros de la literatura universal, pienso en la mejor prosa en lengua española, de Gustavo Adolfo Bécquer, de José Martí, de Rubén Darío, de Juan Ramón Jiménez, no resultan difíciles, muy por el contrario. Son textos abiertos al entendimiento de una persona de inteligencia media.

El lugar de la literatura: realidad mágica o residencia en la tierra

Quizás uno de los principales problemas de los estudios literarios proviene de que nadie se toma la molestia de explicar para qué sirven. Hay autores que no cesan de repetir que la imaginación, generalmente la suya,

marca las diferencias. Yo siempre les respondo, que si es así más vale quedarnos con la religión, pues la riqueza imaginativa de los escritores místicos, de los teólogos, suele ser impresionante. La literatura no debe su grandeza a que nos pone en contacto con los límites de la imaginación, sino con los límites de los textos escritos dentro de una corriente y un flujo donde la razón, la imaginación, el lugar donde se escribe, los problemas históricos del momento, hacen que un hombre o una mujer que se sienta ante el ordenador es capaz de contar una historia robusta y profunda. Basta leer un texto de Juan Ramón Jiménez, de *Platero y yo*, o un poema del *Romancero gitano* de Federico García Lorca, o un ensayo crítico de George Steiner, su espléndido *Los libros que nunca he escrito*, y todos entendemos que el flujo allí es perfecto, que todo corre, que el autor ha sabido conectarse en armonía consigo mismo, con su entorno, y comunicarnos lo que quiere decir de una manera inequívoca. La literatura no enfrenta a quienes la piensan reflejo de la residencia en la tierra o de una creación puramente imaginativa, pues resulta una mezcla de ambas.

Otros autores defienden la idea de que los mejores textos son aquellos que testimonian la existencia de una realidad oculta, mágica, que los iniciados, los interesados en la literatura podemos encontrar leyendo. Si así fuera, la literatura sería una especie de antropología que busca ecos primitivos del ser humano. Si la literatura, en cambio, representa nuestra residencia en la tierra, la podemos utilizar para conocernos, mientras que si es una representación mágica de la realidad nos puede servir para suavizar las durezas de la existencia diaria.

Pienso que hay que abandonar la idolatría textual y ahondar en el elemento de la androgenia de la obra literaria, que nos coloca ante la página de papel, el autor de carne y hueso, los lectores de lo mismo. Las letras son símbolos que refieren a cosas y personas palpables. Lo que se consigue es que la literatura resulte un empeño humano útil.

Caminos posibles de recuperación del valor de la literatura

A continuación voy a proponerles una serie de ideas que quizá pueden ayudar a que la literatura regrese al centro del podio cultural del presente.

1. El rechazo de la crítica clásica, que es idólatra del texto

Hemos pasado demasiado tiempo utilizando un modelo de trabajo clásico, concretamente en el mundo de la edición, basado en la Biblia, es decir, que la labor de un editor de textos consistía en recuperar la palabra original, pues era palabra divina. Eso pudiera aceptarse en cuanto a la Biblia, pero esta idolatría ha causado infinito daño a los estudios literarios y a la edición de los textos modernos. Me disgusta enormemente cuando escucho una comunicación donde se repite sin cesar lo que dijo el autor sobre su propia obra, Este ejercicio de onanismo crítico hace del texto una urna sagrada, a la que sólo cabe adorar, en vez de hacerle preguntas que lo abran, le permitan esponjarse, decirnos por qué se utiliza una expresión determinada y no otra. La consecuente deificación del autor resulta igualmente negativa.

Creo que ha llegado el momento de aceptar la realidad de que el texto no es algo fijo, inamovible, pues, como dice Jerome McGaan, cuál es el texto al que debo de atender al que tengo en la memoria, el que tú estudiante tienes en la cabeza, o quizás del libro en escaparate de la librería o el que duerme en la biblioteca. Por supuesto que esta manera de entender la literatura la complica, complica su crítica, pero esa es la verdadera cuestión, si queremos trabajar con un material que como la realidad misma se nos hace arena en las manos.

Pienso precisamente que este tipo de crítica ha sido nefasta para la literatura española, pues escritores como Benito Pérez Galdós, que redactó algunas de las obras más innovadoras de la literatura universal de su tiempo, como *El amigo Manso*, fueron desdeñadas por la crítica, porque no se ajustaban a un modelo clásico. O más cerca de nosotros, cuando José Ángel Mañas publicó *Historias del Kronen*, la crítica oficial se lanzó sobre su obra con el decidido propósito de desacreditar el texto y a la persona del autor, Sólo ahora se empieza a reconocer que su lenguaje era innovador, y puede servir de guía a las nuevas generaciones. Curiosamente, cuando el mismo autor casi había renunciado ya a seguir por ese camino de renovador.

2. *El libro sobre el texto*

Creo que en algún momento durante la primera mitad del siglo XX el concepto de libro perdió en el ámbito universitario su validez y fue sustituido por el de texto. Sin duda, fue el New Criticism de aquel momento el que fomentó un tipo de lectura enfocada primariamente en un texto concreto, con la exclusión de todo el significado social que pudiera añadir el entorno del libro. Tardaría más de medio siglo antes de que el libro volviera a ocupar el puesto que le corresponde. Por ejemplo, *Don Quijote* nunca fue denominado novela por su autor, sino libro. Esto le permite interaccionar con otros libros.

3. *La necesidad de entender que la literatura es andrógena, que se origina en el hombre*

Tengo la impresión de que los literatos hemos caído en muchas ocasiones en la tentación de considerar el trato de la literatura como una especie de manejo en una extraña espiritualidad. Tenemos, a veces, la impresión de que pertenecemos a una secta, la de los literatos, que las gafas ocultan nuestra mirada, mientras nuestros libros y sus palabras guardan secretos inaccesibles al común de los mortales. Sin embargo, la realidad es que las obras literarias las escriben señoras y señoras de carne y hueso, dedicadas con voluntad y con variado talento a poner en los libros sus percepciones e imaginaciones de la vida en palabras. Los mejores lo harán con un verbo afilado, directo, rico en variaciones léxicas y sintácticas. También ellos, gracias a su verbo, podrán penetrar a sus personajes e imaginarse como son los otros, los otros que tienen personalidad.

Si nos afirmamos que tal cosa como la inspiración, una preciosa invención romántica, no existe, y que el oficio de escritor es como otro cualquiera,

quizás la literatura nos resulte más accesible, más útil social y personalmente.

4. *Intermedialidad*

El dato exacto dice así: el 87% de los largometrajes españoles están basados o al menos inspirados en libros de literatura. Hay ejemplos bien conocidos, como *Tristana*, de Benito Pérez Galdós, llevada al cine por Luis Buñuel. Si venimos un poco más cerca, tenemos la exitosa novela *Soldados de Salamina*, de Javier Cercas, que fue llevada a la pantalla por David Trueba. Son dos casos en que el éxito acompañó a la empresa, aunque en ambas películas se hayan efectuado cambios sustanciales.

Hay demasiados profesores que rechazan las versiones fílmicas de los libros de ficción por sistema, alegando que la imagen nunca puede expresar de la misma manera lo dicho en un texto literario. Puede ser verdad, y quizás yo suscribiría esa idea, pero lo cierto es que una imagen puede reflejar con enorme verosimilitud una situación, un momento, una acción, y hacerlo, y aquí reside el quid de la cuestión, en un momento. Puede golpear la retina del espectador con una velocidad que la verdad resulta evidente antes de que nos demos cuenta de que estamos ante ella. La palabra es más lenta, un buen párrafo necesita espacio y tiempo, lo mismo que la descripción de un personaje. La lengua literaria, es decir, la que es capaz de auscultar el interior del hombre y describir la circunstancia en que existe exige aún más tiempo.

Nos es que la película refleje la novela, sino que la complementa.

5. *La nueva cultura digital de la participación*

Se suele decir que el año 2006 fue el momento en que la cultura digital despegó de verdad.⁴ Todos sabemos la importancia que han tomado la enciclopedia Wikipedia o You Tube. Lo relevante es que ambos, Wikipedia y You Tube, han sido producidos por grupos de gentes que han ofrecido voluntariamente su trabajo y han creado una fuente de conocimiento común. Esto ha traído un gran cambio en el que el consumidor de productos culturales que ha pasado a ser el co-productor de los mismos.⁵ Todo ello ha llevado a que la creación, la producción de artística exista en un espacio común, fuera del mercado. De hecho, este espacio de creación común se ha convertido en el principal competidor del mercantil.⁶

Y aquí vemos de nuevo aparecer una característica positiva del cambio, las luces de que hablamos, que quienes se dedican a editar, a escribir para Wikipedia, son gentes que aportan algo positivo, no son meramente agentes pasivos del mundo cultural. Tampoco podemos pensar que todo el mundo participa, pero sí que es una posibilidad, la participación, la posibilidad de contribuir que antes era impensable.

Conclusión

Vivimos un momento difícil para los humanistas y, concretamente, para quienes trabajamos en el campo de las letras. La principal razón es que la

literatura se ha comercializado. Las editoriales publican los libros que se van a vender bien, porque así lo exigen los accionistas de las empresas, que no son precisamente filántropos. El mecenazgo hace tiempo que dejó de funcionar en el mundo editorial. De ahí que la mayoría de las obras que se publican son de escaso interés literario. Nuestra labor, digo, de los críticos y de los profesores universitarios debe, pues, variar. Y debemos hacerlo modificando, como vengo diciendo, la manera que nos insertamos en el proceso de evaluación de ofrecer un juicio sobre la avalancha de títulos que se nos ofertan. Antes nos podíamos permitir el lujo de centrarnos en el texto, idolatrarlo, porque el dios literario era aceptado y se les pensaba infalibles a sus sacerdotes. Hoy nuestra labor es ver los libros literarios, no en una fila estática de la historia literaria, sino de ver cómo diversificamos, explicando la diversidad, la multiplicidad de libros existentes, unos son literarios, otros de entretenimiento, y todos ellos cumplen funciones distintas.

También me parece fundamental que entendamos los mecanismos del mercado, cómo los libros se publican, cómo nacen. Y sobre este punto ya hablé de la androgenia.

Igualmente, debemos incluir en nuestras discusiones el carácter intermedial de la literatura, para que se siga considerando el arte de la palabra como un partícipe en los media, y no sea asumido por el mundo de la imagen, del cine o de la televisión.

En otras palabras, hasta ahora hemos vivido de las rentas del arte, producidas por las instituciones burguesas del siglo XIX, que inauguraron una nueva forma de leer, la del lector con tiempo, sentado en un sillón, que quería aprender cosas, y el libro era la mejor manera. Hoy en día para aprender hay muchas maneras, y la mayoría de ellas no viene el formato libro.

Y cierro este ensayo con unas palabras que repito a menudo con la misma convicción, aunque siempre temeroso de que dejen de ser ciertas. El signo verbal tiene una fuerza expresiva, la que encontramos al leer las páginas de la gran literatura, del *Quijote*, en un soneto de Shakespeare, que resulta aún inalcanzable para una imagen o un sonido. Ojalá sea verdad.

NOTAS:

¹ El libro editado por Tortosa ofrece una rica colección de artículos de distinguidos especialistas en el tema, como Jenaro Talens, Antonio Rodríguez de las Heras, Anxo Abuín, y el propio editor, entre otros, que ayudarán al lector interesado a revisar la problemática digital a fondo.

² Los resultados del Informe PISA 2006 se encuentra en internet en www.oecd.org.

³ El número de títulos publicados en el año 2007 aumentó un diez por ciento con respecto al año anterior: 72914 libros. La tirada media, en cambio, descendió un 19.4 y se situó en los 3100 ejemplares (Datos del Instituto Nacional de Estadística).

⁴ Van Dijck y Nieborg hacen una revisión del tema que guía buena parte de mis comentarios.

⁵ Este fenómeno fue expuesto por Tapscott y Williams.

⁶ El excelente libro de Benkler permite acceder a un examen detenido de la cuestión.

OBRAS CITADAS

- Benkler, Yochai. *The Wealth of Networks: How Social Production Transforms Markets and Freedom*. New Haven, CT: Yale UP, 2006.
- Bourdieu, Pierre. *La distinción*. Madrid: Taurus, 1999.
- “Comercio interior del libro en España, 2006.” Federación de Gremios de Editores de España. 2007. <<http://www.federacioneditores.org>>.
- Delgado-Gal, Álvaro. “La mujer perdida.” *ABCD: Las artes y de las letras* 843 (29 de marzo, 2008). 8 agosto 2008 <<http://n1abc10.abc.es/abcd>>.
- Dijck, José van, y David Nieborg. “De opmars van de cybernauten.” *De Academische Boekengids* 65 (November 2007): 7-10.
- Gullón Germán. *Una Venus mutilada: La crítica literaria en la España actual*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2008.
- “Hábitos de lectura y compra de libros 2006.” Federación de Gremios de Editores de España. Enero 2007. <<http://www.federacioneditores.org>>.
- Jeffrey. “Time for an American Review of Books.” *The New Republic* 15 féb. 2007. 8 agosto 2008 <http://blogs.tnr.com/tnr/blogs/open_university>.
- McGaan, Jerome J. *A Critique of Modern Textual Criticism*. Charlottesville: UP of Virginia, 1992.
- Pontón, Gonzalo. “Cautivos y desarmados ante las elecciones.” *El País* 3 mayo 2008: 43.
- Tapscott, Don, y Anthony D. Williams. *Wikinomics: Collaboration Changes Everything*. New York, Wiking Penguin, 2006.
- Tortosa, Virgilio, éd. *Estructuras digitales: Tecnologías de la creación en la era virtual*. Alicante: Universidad de Alicante, 2008.